

con los turcos; con la esperanza de que, en el instante propicio, no se negaría á concurrir en auxilio de la Cristiandad (1).

Entretanto llegaban de continuo á Roma las más alarmantes noticias de Oriente. A fines de Febrero se recibió también una jactanciosa carta del Sultán llena de amenazas á León X (2). Inmediatamente después se pensó en hacer, como respuesta, una gran demostración bélica en el asunto de la cruzada (3).

A 3 de Marzo de 1518, ordenóse que se celebraran solemnes procesiones de rogativas para obtener el auxilio divino, y al propio tiempo se acordó el envío de cuatro cardenales, como Legados *de latere*, á los principales Estados de la Cristiandad, para promover la guerra contra los turcos (4). Los nombrados pertenecían al número de los miembros del Sacro Colegio más eminentes y de más eximias cualidades. Farnese debía dirigirse á la Corte Imperial, Egidio Canisio á España, Bibbiena á Francia y Campeggio á Inglaterra. Las costas, para estas legaciones, sufragólas el Papa de su propia caja, á pesar de sus apuros pecuniarios; mientras que hasta entonces, en semejantes casos, se había facilitado á los Nuncios el atender por sí mismos á los gastos, concediéndoles facultades productivas. León X se apartó en esta ocasión de la costumbre admitida, para dar una prueba clara de su desinterés (5).

Las resoluciones mencionadas fueron resultado de las deliberaciones que había tenido el Papa, así con los diplomáticos como con la especial Congregación de cardenales, cuyos miembros se habían aumentado entretanto hasta el número de 13 (6). Mas en aquellas deliberaciones se había madurado asimismo otro pensamiento, al cual se dió expresión en una solemne bula. En este documento, que lleva la fecha de 6 de Marzo de 1518 y en el que se pintaban con palabras conmovedoras las recientes victorias del Sultán y el creciente peligro de los turcos; con el fin de tener disponibles todas las fuerzas, para emplearlas en la cruzada, se

(1) Cf. Manosc. Torrig. XXI, 202, 203, 229.

(2) Sanuto XXV, 204, 211, 219, 266 s.

(3) V. Acta consist. en Kalkoff, Forschungen 114.

(4) Acta consist. en Ehses, Docum. xxiii, y Kalkoff loc. cit. 114 s., como también Paris de Grassis en Raynald 1518, n. 37 y Hoffmann 402 s. (donde en lugar de 4 Martii hay que leer 3, porque el dies mercurii era el día tres).

(5) Cf. Kalkoff, Forschungen 100 s.

(6) Cf. Sanuto XXV, 270.

mandó observar en toda la Cristiandad, so pena de las más graves censuras eclesiásticas, una tregua de cinco años; y refiriéndose expresamente al ejemplo de uno de los más grandes pontífices de la Edad Media, Inocencio III, cuyas huellas declara el Papa querer seguir, se reserva á la Santa Sede la resolución de todas las diferencias que entretanto pudieran suscitarse (1).

Mientras con particulares breves se anunciaban estos preparativos á todos los príncipes cristianos (2), comenzó en seguida en Roma la predicación de la cruzada. A 12 de Marzo principiaron en la Ciudad eterna las grandes procesiones de rogativas (3); cerráronse todas las tiendas, se adornaron las calles con paños y tapices, y en todas partes se dispusieron altares. El primer día se dirigió la procesión desde San Agustín á Santa María in Aracoeli, y en ella se vió á todas las Hermandades de Roma (también las alemanas) con sus pintorescos trajes de varios colores, todo el clero regular y secular con numerosas reliquias, y la Corte del Papa. El segundo día una procesión semejante se dirigió desde San Lorenzo á Santa María del Popolo, y en esta solemnidad se llevaron procesionalmente las más preciosas reliquias, que la Ciudad Eterna consideraba como propias suyas: las cabezas de San Andrés y de San Matías, la cátedra de San Pedro, la santa Lanza, el sudario de la Verónica y el gran fragmento del lignum crucis de S. Croce in Gerusalemme. En la procesión del tercer día (domingo 14 de Marzo), que se dirigió desde San Pedro á Santa María sopra Minerva, tomaron parte numerosos delegados de todas las autoridades eclesiásticas y seculares, todos los obispos y cardenales que se hallaban en Roma, y finalmente el mismo Papa, el cual anduvo todo aquel camino con los pies descalzos y dando repetidas muestras de su religiosa emoción. En la iglesia

(1) La bula Considerantes ac animo revolventes generale Concilium, publicada por Charrière I, 63-68 (cf. Lanz 204 s.), fué aprobada por todos los cardenales en el consistorio de 10 de Marzo de 1518; v. Acta consist. en Ehses, Dokum, xxiii. Un ejemplar original de la bula se halla en el *Archivio pubblico de Turin*.

(2) Cf. Corp. dipl. Port. II, 1 ss., 7 ss.

(3) V. Bando de le processioni, fechado en Roma á 8 de Marzo de 1518, en Hutteni opera ed. Boecking V, 157 ss. Sobre las procesiones cf. las relaciones que se hallan en Sanuto XXV, 305 ss., 308 ss., 310 ss.; Paris de Grassis, **Diarium* (sólo en parte se halla en Raynald 1518, n. 41-43; cf. en el apéndice n. 48 el complemento de lo que falta, sacado del *Archivio secreto pontificio*), y Tizio, **Hist. Senen. Cod. G. II, 38, f. 125^b* de la *Bibl. Chigi*. V. también la **Crónica* en *Varia Polit. 4, f. 63, Archivio secreto pontificio*.

de Santa María sopra Minerva se celebró una misa solemne, y luego subió al púlpito Sadoletto, para excitar á la guerra contra los turcos con un discurso lleno de retórica ciceroniana. En atención á la presencia de los diplomáticos, no escaseó el orador los elogios dedicados á los príncipes, cuya buena voluntad ponderó mucho más de lo que á la verdad de los hechos correspondía.

«¿Quién podría abrigar todavía ahora la menor duda sobre la victoria, exclamó Sadoletto, cuando es nuestro adalid un tan grande emperador como Maximiliano, un general tan experimentado en las cosas de la guerra?» Por semejante manera celebró luego asimismo las eminentes cualidades y los nobles propósitos de los demás príncipes: de los reyes de Francia, España, Inglaterra, Portugal y Polonia; y aun se hizo mención, con grande encomio, de los reyes, todavía menores de edad, Luis de Hungría y Jacobo de Escocia, del hasta entonces apenas nombrado rey Cristián de Dinamarca, y finalmente, de los «valientes, invencibles» suizos, de los venecianos y de todos los demás príncipes y naciones que en otro tiempo se habían distinguido en la guerra contra los infieles. ¿Cómo podrían los turcos, ante una tal reunión de fuerzas, conservar todavía las más mínimas esperanzas de salvación? ¿En qué podrían confiar ahora, cuando se había restablecido la paz entre las Potencias cristianas? «¡Sí; terminó Sadoletto; ciegos, ciegos hemos sido hasta ahora! ¡no hemos visto suficientemente lo que procedía! Pero ahora la obscuridad se ha disipado, y las tinieblas han desaparecido; el brillo del verdadero honor resplandece ante nuestros ojos, y la verdad está descubierta delante de nosotros» (1). Al final, el cardenal Farnese leyó la bula pontificia acerca de la tregua de cinco años.

Poco después se envió asimismo á todos los países de la Cristiandad el mandato pontificio de que se impetrara con semejantes procesiones de rogativas la protección del Cielo, en favor de la Cristiandad gravemente amenazada (2).

(1) Sadoleti opera II, 257 ss.; cf. Zinkeisen II, 602, cuya traducción yo sigo. V. también Michaud, VI, 294 s.; Joly 53. El discurso fué al punto impreso: Jacobi Sadoleti episcopi Carpent. Leoni X Pontif. Max. a secretis in promulgatione generalium induciarum oratio in beate semper virginis ad Minervas habita decimonono kl. Aprilis MDXVIII. S. l. et a 4.º En la portada hay el escudo de León X. Hay un ejemplar en Tizio, *Hist. Senen., Cod. G. II, 38, f. 129. *Biblioteca Chigi de Roma*.

(2) V. Raynald 1518; n. 44-50 y Manosc. Torrig. XXIII, 9, 13; XXVI, 405. *Chroniken der deutschen Städte* XXIV, 107.

La manera solemne como inauguró León X todo este asunto de la cruzada, y su expresa alusión al Papa cuyo reinado señala el apogeo de la potestad de la Santa Sede en la Edad Media, demuestran cuán altos vuelos habían tomado sus ideas. Como en aquella época de actividad entusiasta, la preeminente posición ecuménica del Pontificado había hallado en las cruzadas, por ventura su expresión más significativa; así debía también ahora «una empresa común del Occidente, á cuya cabeza estaba el Papa como espiritual adalid», no sólo proporcionar á la Europa auxilio y amparo contra el más temible de sus enemigos, sino también comunicar á la Santa Sede nuevo esplendor y creciente influencia (1).

Los esfuerzos de León X en favor de la cruzada, habían alcanzado una expresión artística en las Estancias, por medio del fresco de la batalla de Ostia; y el recuerdo de aquellos esfuerzos inspiraba á Rafael en la última obra de su imaginación creadora: la Transfiguración (2). Tampoco los poetas y literatos dejaron escapar, como era natural, el fecundo tema de la guerra contra los turcos (3); pues con poemas y discursos acerca de este asunto, esperaban ganarse el favor del Papa. Está fuera de duda, la sinceridad con que León X condujo entonces todo este negocio (4); conforme á su voluntad debían hacerse extraordinarios esfuerzos para congregar las Potencias cristianas en torno del estandarte de la Cruz, y conducirlo al Oriente en una gran expedición militar. Desgraciadamente, todo esto se estrelló contra los privados intereses de las Potencias europeas.

El más doloroso de los desengaños fué el que recibió León X de Venecia, por más que había tratado á la Señoría con los más delicados miramientos. Así, por ejemplo, para evitar dificultades á la República, que se hallaba todavía en paz con el Sultán, se omitió la mención expresa de ella, y asimismo el envío de un legado especial para Venecia (5).

Y como Sadoletto se hubiese dejado arrastrar por su fervor, en el discurso mencionado, y consignara los grandes méritos contraídos por Venecia en la protección de la Cristiandad contra

(1) Maurenbrecher, *Kathol. Reformation* 116.

(2) Cf. abajo el capítulo XI, 2.

(3) Cf. las poesías en Tizio, *Hist. Senen. G. II, 38, f. 140º. *Bibl. Chigi de Roma*. V. también abajo cap. XI, 1.

(4) V. Nitti 104, 106 s.

(5) Manosc. Torrig. XXI, 229, cf. también 235.

los turcos, el embajador de aquella República reclamó en seguida en el Vaticano, solicitando que se suprimieran en la impresión del discurso aquellas frases (1).

Nada es por ventura más significativo, para conocer la cobarde timidez de los mercaderes del Adriático, que este pavor ante la grandeza de su propio pasado. La política previsora y fríamente calculadora de Venecia, seguía dirigiéndose siempre exclusivamente á proteger sus próximos intereses materiales; y en este miope egoísmo, se estrellaban todas las reflexiones, por elocuentes que fueran. Al ordenar las procesiones de rogativas, había tenido el Papa la delicadeza de transmitir el encargo para ello al Patriarca de Venecia, de suerte que los venecianos pudieran alegar, que aquellas medidas no habían procedido de la República, sino del Papa como supremo jefe del culto; pero las procesiones no debían celebrarse sin permiso del Gobierno de Venecia. La Señoría rehusó este permiso, y el Papa se doblegó también á esto silenciosamente (2). Acerca lo que se hubiera de pensar, de las seguridades que continuamente reiteraba la República, de que tomaría parte en la expedición contra los turcos, cuando ésta se pusiera efectivamente por obra; no pudo el Papa, á la larga, forjarse ilusiones; y tampoco ignoró que la Señoría había renovado secretamente su paz con el Sultán. Lo que no llegó á la noticia del Papa fué, que Venecia traicionaba desvergonzadamente la causa de los cristianos, instruyendo en secreto con toda exactitud, al mortal enemigo de la cultura de Occidente, sobre todos los preparativos que se hacían para la cruzada (3).

La propia resolución sobre la cuestión de la guerra santa dependía, pues, del éxito que alcanzaran los cardenales legados en España, Francia, Inglaterra y Alemania. León X hubiera visto de buena gana, que se hubiesen puesto en camino lo más pronto posible, como lo hizo en efecto Farnese (4); pero como Bibbiena había entretanto enfermado, y su misión debía ser simultánea con la de los otros legados, fué necesaria una dilación (5). A 12 de

(1) Sanuto XXV, 322.

(2) Manosc. Torrig. XXIII, 13, 25.

(3) Sanuto en Lanz, Einleitung, 204.

(4) Sobre su partida en 28 de Marzo v. Paris de Grassis publicado por Hoffmann 405; cf. Delicati-Armellini 65-66.

(5) La credencial de Bibbiena para el canciller Du Prat se otorgó el 3 de Abril de 1518; v. Charrière I, 70 ss.; la *credencial para el duque Carlos de Sa-

Abril se presentaron Bibbiena, Campeggio y Egidio Canisio, en un consistorio, donde el Papa les dió su apostólica bendición; y todos los miembros del Sacro Colegio acompañaron luego á los legados hasta Santa María del Popolo. Desde allí se marchó Bibbiena á Francia el 13, Campeggio se partió el 15 á Inglaterra, y Canisio el 16 para España (1). El cardenal Farnese anunció, que no podía continuar su camino, por causa de enfermedad (2); por lo cual, su legación fué confiada á 26 de Abril, al sabio cardenal Cayetano. Este salió de Roma el 5 de Mayo de 1518 (3). Además de los cardenales legados, ya á 17 de Marzo de 1518 se había confiado al dominico Nicolao de Schönberg una misión para Hungría y Polonia, con el fin de procurar también la unión de estos reinos á la empresa de la cruzada. Con este objeto debía esforzarse principalmente Schönberg, por terminar la contienda entre Polonia y la Orden Teutónica (4). Más adelante se pensó asimismo en que este legado influyera en el Gran Príncipe de Rusia y en el Príncipe de los tártaros (5). El cometido de Schönberg no

boya, de 9 de Abril de 1518, se halla en el *Archivo público de Turín*, Mazzo 19, n. 34. Aquí mismo, n. 35, hay un *breve de León X, fechado en Roma á 10 de Abril de 1518, en el cual el duque es exhortado á ratificar el armisticio de cinco años.

(1) Además de Sanuto XXV, 351, cf. Acta consist. en Kalkoff, Forschungen 119, y Paris de Grassis publicado por Hoffmann 407-408. V. también la *Carta de B. Costabili, fechada en Roma á 12 de Abril de 1518. *Archivo público de Módena*.

(2) V. Manosc. Torrig. XXIII, 7 y Paris de Grassis loc. cit. Es dudoso, si fué éste el verdadero motivo. Kalkoff (Forschungen 101) sospecha, que la legación se mostraba poco seductora para el cardenal Farnesio, porque los legados quedaban sin facultades. Pero fuera de eso, podría haber influido mucho el nombramiento de compañero del legado, que Lang había llegado á conseguir. Kalkoff (105) halla el primer testimonio de este nombramiento en Sanuto XXV, 427, donde se dice que fué á mediados de Mayo, por tanto, después de la partida de Cayetano. Pero un *Despacho de Costabili, citado por Balán VI, 18, habla ya de este impedimento el 26 de Abril; el mismo relator notificaba entonces, que Cayetano partiría dentro de ocho días. *Archivo público de Módena*.

(3) Cf. Acta consist. y Paris de Grassis en Kalkoff, Forschungen 119 s., 122 s.; aquí también se hallan los documentos pertenecientes al cargo diplomático de Cayetano. Dicho cardenal, en una *carta fechada en Roma á 3 de Mayo de 1518, notifica al duque de Mantua su próximo tránsito. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) Buddee, Schönberg 35 s., donde se hallan todos los pormenores sobre los trabajos infructuosos de este comisionado. Cf. además Joachim, Die Politik des letzten Hochmeisters in Preussen, Albrecht von Brandenburg, Leipzig 1892 ss.

(5) V. en el apéndice n.º 51-52 las dos *cartas á dichos príncipes, de 4 de Junio de 1518. *Archivo secreto pontificio*.

era menos difícil que el de los cardenales legados, pues cada una de las Potencias que debían tomar parte en la cruzada, perseguía diferentes fines particulares.

Las noticias relativamente más favorables, fueron las que se recibían de España (1), donde el cardenal Egidio Canisio predicaba la cruzada con inmenso concurso (2), y ya á 23 de Agosto de 1518, se pudo comunicar á los cardenales reunidos en consistorio un escrito de D. Carlos I de España, en el cual manifestaba aceptar la tregua de cinco años (3).

Por el contrario, eran totalmente desagradables las noticias que enviaba el cardenal Campeggio, destinado á la legación de Inglaterra; por lo demás, ya desde el principio había sido muy singular el proceder de Enrique VIII en la cuestión de la cruzada (4). El Rey había diferido mucho tiempo su respuesta, y cuando la dió finalmente, no se propuso otra cosa sino oponer todas las objeciones posibles. Enrique VIII hizo avisar urgentemente al Papa, que mirase, no fuera que con su empresa atrajera sobre sí un gran peligro; pues aquellos en quienes León X ponía las mayores esperanzas para la paz, no tenían otro designio sino dirigir la guerra contra el mismo Papa. Más falta hacía ahora, que León X se opusiera á los ambiciosos planes de Francia. Por lo que á la cruzada tocaba, Inglaterra quería tomar parte en ella en tiempo oportuno, uniéndose con el rey de España, con el cual de antemano se pondría de acuerdo (5).

No era difícil prever cuál sería el recibimiento del Legado pontificio Campeggio después de tales precedentes; pero, en realidad, también en este punto superó Enrique VIII los más pesimistas augurios. Su ministro, el cardenal Wolsey, rehusó de la manera más resuelta, así la aceptación de la bula acerca de la

(1) Manosc. Torrig. XXIII, 13.

(2) C. Sanuto XXV, 600.

(3) Acta consist. en Kalkoff, Forschungen 126. Cf. el breve al cardenal E. Canisio de 24 de Agosto de 1518, que se halla en Sadoleti epist. 77 s. La *carta de Carlos, fechada desde Zaragoza, á 11 de Agosto de 1518, está en las Lett. d. princ. II, 66 (*Archivo secreto pontificio*), y actualmente se halla en extracto en el archivo para Ref.-Gesch. II, 181, not. 1.

(4) Luego á la primera noticia de la imposición de un diezmo por el concilio, el colector del papa en Inglaterra, Sivestre Darío, tuvo que hacer juramento, que no enviaría á Roma, ni dinero, ni letras de cambio. Rymer VI, 1, 133.

(5) V. la carta de Wolsey á Gigli, de 27 de Febrero de 1518, en Martène-Durand, Ampl. Coll. III, 1278, y Lanz, Einleitung 203 s.

tregua, como la admisión del legado; pues era contra la costumbre tradicional, el que un cardenal extranjero ejerciera en Inglaterra derechos de legado. Sólo, pues, podía ser admitido Campeggio, con la condición que se suspendieran todos los privilegios que como legado le correspondían, y compartiera con el cardenal Wolsey sus poderes para las negociaciones que habían de entablarse. A consecuencia de esto, Campeggio, que había llegado á Boulogne á principio de Junio, hubo de detenerse allí, sin poder poner los pies en territorio inglés (1).

Estos sucesos eran efecto de los celos de Wolsey, el cual había sido recibido en el Sacro Colegio dos años antes que Campeggio, y además, como Lord Canciller que era, no podía sufrir junto á sí á un cardenal legado (2). El omnipotente ministro de Enrique VIII, no sólo aspiraba á la dignidad vitalicia de legado en Inglaterra, sino quería también arrancar toda la obra de la paz de las manos del Papa, para atribuir á su nación el glorioso papel de pacificadora. Mientras Campeggio se veía detenido y condenado á la inacción en Boulogne, negociaba Wolsey con Francia, así acerca de la posesión de Tournay, como también sobre las condiciones de una paz general, que luego se someterían al Papa (3).

Entretanto el cardenal Bibbiena permanecía en Francia (4), y también su misión se presentaba extraordinariamente difícil, en particular después que se entabló la cuestión de la sucesión al Imperio. Muchos creían entonces que Francisco I, por medio del matrimonio de Lorenzo de' Médici con Magdalena de La Tour (5), que se había celebrado en Amboise con grandes fiestas, el 28 de

(1) Lanz, Einleitung 206. Ehses, Docum. xxiv, cf. Brewer II, 1, Introd. cclvii—cclxii.

(2) Ehses, Dokum. xxiii.

(3) Lanz, Einleitung, 206-207. Sobre las aspiraciones de Wolsey á la legación vitalicia, cf. Manosc. Torrig. XXIII, 405.

(4) Sobre sus difíciles relaciones con el cardenal de Luxemburgo, encargado de la visitación de los monasterios en Francia, con el que también Canossa había tenido diferencias (Imbart de la Tour, I, 113), v. Paris de Grassis en Hoffmann 410-411.

(5) Reumont, Jeunesse de Catherine de Médicis, 26 s. Lorenzo con su esposa no volvió á Florencia hasta 7 de Septiembre; luego después tuvo en Montefiascone una entrevista con el Papa, loc. cit. 255. V. también Le feste celebrate in Firenze nel II giorno delle nozze di Lorenzo de' Medici (1518) con Maddalena de la Tour d'Auvergne. Lettera d'Alfonsina Orsini a Ser Giovanni da Poppi. Firenze 1882 (Nozze-Publ.).